

Sin poseer cualidades literarias que permitan calificarla de excepcional, *Amalia* es una novela escrita siguiendo la moda europea decimonónica, impregnada por la pasión antirrosista del autor, pero que a través de su trivial argumento nos ofrece un valioso testimonio de los años centrales de la pasada centuria, y de manera más concreta, del ambiente social en el que se movía el Gobierno de la Federación, contemplado con los ojos de un ardiente unitario.

Aunque inmersa en una línea de tradición romántica todavía, es a fines del siglo cuando encontramos ya una novela hispanoamericana de mayores calidades literarias al procurar mayor consistencia humana. Claro ejemplo de esta postura es el de la peruana Mercedes Cabello Carbonera, quien conservando un fondo sentimental no puede eludir el influjo naturalista. A pesar de que sus títulos más conocidos son *Blanca Sol* (1890) y *Las consecuencias* (1890), si la citamos en esta ocasión es por su novela *El conspirador* (1892), que también pone de manifiesto el problema de la dictadura.

De todos modos, habremos de llegar a la centuria actual para encontrar un tratamiento verdaderamente intensivo del tema del «dictador» en la novela hispanoamericana, coincidente con la expansión de la novelística fuera del continente original.

Aunque ya se habían publicado novelas hispanoamericanas en París, Barcelona y Valencia durante el siglo XIX, será el XX el que presencie este aumento. Así, Ernesto Mejía Sánchez¹³ puede afirmar: «Ollendorf y Granada siguieron esta tradición [la de editar novelas americanas] a principios del siglo XX. Sólo Editorial América, en Madrid, de Blanco Fombona, publicó a Díaz Rodríguez, Pocaterra, Romero García, Pedro Emilio Coll, Miguel Eduardo Pardo, sus paisanos, y a latinoamericanos de todas partes: Jesús Castellanos, Javier de Viana, Luis María Jordán, María Enriqueta, Carlos González Peña; en la misma Biblioteca Andrés Bello tuvieron también lugar los cuentistas: Gutiérrez Nájera y Rubén Darío, Rafael Barret y Hernández Catá, Blanco Fombona y Díaz Rodríguez. Todas las tendencias del momento estuvieron representadas».

Como es fácil suponer, las revoluciones y guerras que conmueven a lo largo de nuestra centuria a las sociedades europeas, no pueden por menos de afectar a las de los países hispanoamericanos, a lo que la literatura no permanecerá ajena. En este sentido, lugar destacado en la narrativa ocupa la figura del «dictador», ofreciendo variadísimos resultados, según la formación y capacidad de los autores, la personalidad de los tiranos que constituyen el centro de la obra, las características socia-

¹³ ERNESTO MEJÍA SÁNCHEZ: «Examen de la novela iberoamericana contemporánea», en *La crítica de la novela iberoamericana contemporánea*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1973, pág. 11.

les de cada uno de los países, etc. Y ello es lo que permitirá ofrecer a Luis Alberto Sánchez ¹⁴ una numerosa lista de títulos, de entre los que cabría entresacar los siguientes: *El cabito*, de Pío Gil; *La caída del cóndor*, *Judas Capitolino* y *Los Césares de la decadencia*, de J. M. Vargas Vila; *La bella y la fiera* y *La mitra en la mano*, de Rufino Blanco Fombona; *¡Ecce Pericles!*, de Rafael Arévalo Martínez; *El puño del amo*, de Gerardo Gallegos; *Fiebre*, de Miguel Otero Silva; *La garra roja* y *El tirano Bebevidas*, de Manuel Bedoya.

Hay algunas obras que siempre se incluyen en el capítulo dedicado al género novelístico, que venimos comentando, sin que sean novelas propiamente dichas. Tal es el caso de *Los Césares de la decadencia* ¹⁵, claro alegato contra la tiranía, pero en donde no existe trama novelística, aunque algunas de las ideas que constantemente encontraremos en la novela de la dictadura se pongan de manifiesto también aquí. Así, como nota preliminar aparece el enfrentamiento entre la razón y la fuerza, evidente reminiscencia del marcado complejo de intelectualidad que caracterizó a la mayor parte de los liberales decimonónicos, como acabamos de comentar:

«No hay rebelión posible contra los guiadores de conciencia; ellos son: la Rebelión;
el Verbo en sus labios, no es tangible;
se les puede arrancar la lengua y ellos continúan en hablar...
la cabeza cortada del Bautista habla en manos de Salomé; habla con palabras espirituales, que hacen palidecer a Herodes;
esa Omnipotencia de la Palabra hace temblar la Tierra;
el fulgor del Verbo hace el furor del bruto;
porque el bruto manda, pero sólo el Verbo reina;
el reinado del Verbo es el único digno de ser sufrido por los hombres» ¹⁶.

Afirmaciones todas ellas que no pueden por menos de evocarnos la de Daniel Bello en *Amalia* y que poco antes transcribíamos sobre la dualidad fuerza/inteligencia.

Vargas Vila en este libro se limita a ir enumerando a los gobernantes que, desde su punto de vista, tiranizaron a su patria, Colombia, cuya historia dictatorial afirma que comienza con la Regeneración en 1885, centrandose en la persona de Rafael Núñez la encarnación de la corrupción.

Tampoco es una novela *¡Ecce Pericles!* ¹⁷, aunque, por supuesto, gira

¹⁴ LUIS ALBERTO SÁNCHEZ: *Proceso y contenido de la novela hispanoamericana*, Madrid, Gredos, 1976, págs. 428 y ss.

¹⁵ J. M. VARGAS VILA: *Los césares de la decadencia*, Barcelona, Sopena, S. A.

¹⁶ *Los césares de la decadencia*, ed. cit., pág. 3.

¹⁷ RAFAEL ARÉVALO MARTÍNEZ: *¡Ecce Pericles!*, Guatemala, Tipografía Nacional, 1945.

en torno al tema de la dictadura, ya que se trata de una serie de relatos sobre la vida de Manuel Estrada Cabrera.

En el prólogo, Julio Bianchi expone cómo las causas de que el dictador se mantuviese tanto tiempo en el poder fueron, por un lado, simples coincidencias, y por otro, porque en Guatemala todos los presidentes han sido vitalicios o derrocados por un golpe de Estado. A nivel personal considera a Estrada como una verdadera medianía, y lo que para nosotros pudiera aparecer como la más ignominiosa y enfermiza de sus costumbres—las frecuentes flagelaciones—eran hechos arraigados profundamente en la tradición local. No se tratan estas palabras de una defensa ni mucho menos de la política o la persona de Estrada Cabrera, ya que quien emite los juicios fue uno de sus enemigos políticos, sino de un deseo de llevar las aguas a sus cauces tras los desmesurados elogios y dicitos contra este personaje.

En extremo interesante para la comprensión de algunas novelas del ciclo es el que el gobierno se ejercía, según Arévalo Martínez, con un absoluto personalismo, hasta el extremo de llegar a decretarse leyes con carácter retroactivo, tanto para favorecer a los amigos del dictador como para perjudicar a sus enemigos.

También es de gran valor la noticia que nos facilita sobre lo tupido de la red de espionaje, ya que refiriéndose al año de haber sido proclamado presidente, puede llegar a escribir:

«Y todo su terrible sistema de represión empieza a dar frutos de adulación y servilismo. Ya por entonces hay una 'brigada Estrada Cabrera' que llama 'facción filibustera' a la que encabezó Próspero Morales; se reciben manifestaciones en las que los miembros de clubes y municipalidades lanzan vivas al 'protector de los intereses del pueblo, al salvador de la patria, al ilustre jurisconsulto' y empieza a emplearse en múltiples ocasiones la frase que se habrá de oír durante todo el régimen: la de los que se ofrecen 'servidores incondicionales'»¹⁸.

Otros dos títulos que sin corresponderse con novelas pueden interesar para el conocimiento del tema son el *Suetonio Pimienta*, de Tristán Marof, simple crítica a la organización social y administrativa de un imaginario y representativo país hispanoamericano al que se da el nombre de «Zanahoria». Bien es verdad que se hace alguna alusión a la tiranía, pero tiene lugar de pasada y con un sentido generalizador.

A José Rafael Pocaterra debemos las *Memorias de un venezolano de la decadencia*, obra cuya publicación se inició por capítulos a partir de 1923. Suele considerarse como edición definitiva la venezolana de 1936,

¹⁸ *Op. cit.*, pág. 55.